

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 10 DE ENERO DE 1901

NÚM. 529

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻

PROBLEMA



—Nadie puede comprender
el mirar de la mujer:

compasiva ó desdeñosa,
¿cómo es tu actitud, hermosa?



LA SAETA al público

ENDRÍAMOS que esforzarnos poco para excusar este coloquio con los lectores, pues saben perfectamente qué propósitos nos animan; pero ¿no fuera pecar de descortes? No se ha de exponer aquí un nuevo programa ocioso é inútil; pero ¿no tiene derecho quien tantas muestras de cariño nos da, y tan benévola nos considera, á que en tono llano y sencillo, amistosa y familiarmente, le comuniquemos, casi casi cambiando impresiones, lo que se piensa en esta casa, que es la suya?... ¿á que se le esponga algo de lo que se quiere hacer, pagando en justa correspondencia las mercedes recibidas? No hay que repetir tampoco palabras de agradecimiento, que el público que nos honra con sus bondades desde luego en su abono tiene, y que están más bien que en los labios en el corazón: con decirle que este corazón es suyo hay bastante y sobrado. ¡Siga muchos años esta mutua correspondencia, para regocijo de unos y otros!

El caso (y caso que no deja de ser notable en un país donde tan efímera suele ser la vida de los periódicos); el caso es que LA SAETA cuenta once años de existencia, y ha entrado en el doce de su publicación. La circunstancia de haber conseguido el cambio de siglo, llena de lozanía y de vigor, en el período de su más espléndida juventud, no es tampoco para echada en saco roto. Puede, por tanto, muy bien sernos perdonada esta vanagloria.

Como pocas revistas, LA SAETA ha ido, durante ese tiempo, evolucionando, haciendo su camino y afirmándose en el concepto público con pasmosa seguridad. Tal vez podrían explicarse sus indiscutibles triunfos, diciendo que si desde sus primeros pasos el público le ha proporcionado, con su favor, una existencia próspera y floreciente, LA SAETA ha sabido estimar tamañas mercedes, poniéndose á la altura de tan honrosa confianza: no ha querido nunca sujetar sus ideales nobles á una mezquina satisfacción de lucro, y así desde su humilde fundamento ha logrado elevarse hasta el rango que disfruta.

Se perdonará que insistamos en esta idea, ó más bien que la amplíemos: LA SAETA no ha querido en ninguno de sus once años permanecer estacionada, aferrándose, como se aferran otros periódicos, á la idea matriz; sus prosperidades, las ventajas materiales adquiridas, en iniciativas las ha convertido: vivió y vive con su tiempo, con su época, y así, lenta, pero seguramente, se la ha visto crecer y medrar: ha tenido su desarrollo natural, sin períodos violentos ni duros; ha conservado, en suma, su índole, su carácter propio, embelleciéndolo y vigorizándolo, conforme adelantaba, que es lo que ocurre cuando se trata de caracteres enteros entre los individuos sometidos á la eterna, perdurable y progresiva ley.



De lo expuesto resulta que LA SAETA puede muy bien proclamar que á su constancia, á sus desvelos y á su desinterés debe el continuo aplauso y el auge que logra entre las revistas de mayor popularidad, y que es indiscutiblemente la única de su especie, la primera y única que de todas las demás se distingue y que, mejorando, mejorando, no pierde (sino que lo conserva) su carácter propio.

Y en efecto: algunas de esas revistas nos han imitado, cuando nosotros jamás imitamos á nadie,

y no han sabido ó no han logrado sostener su índole: prevaliéronse, para soltarse, de la imitación, y en algún caso con censurables torpezas. Y conste ahora que hacemos esta cita, porque LA SAETA no ha explotado, ni ha tenido en sus mientes explotar expedientes pornográficos condenados por el Arte y por el código, que conocen perfectamente sus directores. LA SAETA no es, ni ha sido, como otros periódicos, inmoral. LA SAETA no ha pasado de cultivar la nota picaresca que encaja perfectamente en su índole regocijada y que grandes maestros de la literatura y de lo gráfico cultivaron con fortuna y sin desprecio de las gentes.

* * *

Pero, dejando aparte estas pequeñeces á que hemos acudido para sentar nuestra protesta y por lo que pueda servirnos para establecer definitivamente lo que en cuanto á intenciones ha de definir nuestra línea de conducta, como dicen los diputados ramplones, repetiremos una vez más que aspiramos á que nuestro periódico sea el amigo de todos, el amigo franco y jovial, regocijado, y al mismo tiempo noble, á quien se abren sin recelo todas las puertas.

LA SAETA continuará siendo, ciertamente, una revista amena, quizás más amena que nunca, ni grave ni ligera, entre alegre y seria, entre cómica y festiva, conforme reclama su carácter satírico. No es cosa de explicar aquí lo que se entiende en la casa por cómico y satírico. Críticamente se encargará de hacerlo, cuando sea oportuno, el redactor

respectivo. Sólo diremos ahora que todas estas notas contribuyen á fijar las *sátiras* de LA SAETA, y que las aprovechará con el posible acierto, mejorándolas notablemente.

Propónese, por tanto, LA SAETA, en este nuevo año y principio de siglo, continuar su obra y hasta cierto punto completarla. Novedades preparamos, que se irán viendo, y mejoramientos en su parte material que, sin duda, han de recibirse con elogios.

Pensamos ampliar el capítulo femenino, dando idea gráfica de todo lo que á él corresponde, y cuanto interesa y conmueve en la sutilísima y compleja existencia de la mujer; y todo esto con notas é informes, que, ya valiéndonos del dibujo, ya de la palabra, ayuden á la información.



Es de este baile un compás, pero es un compás de espera para que se fijen más.



Queremos, conservando esta unidad, ofrecer la variedad no intentada hasta aquí, con apuntes artísticos y cómicos

Como esto no es un programa, según hemos dicho ya, anotaremos de pasada que en breve saldrá un redactor nuestro á viajar por provincias exclusiva y especialmente encargado de darnos idea de la mujer y de cuanto relacionado se halle con la índole de LA SAETA en las provincias españolas. A esto seguirán impresiones que serán del agrado del lector, y noticias de artistas, de celebridades, de cuanto pueda servir de atractivo, en fin. Para ello hemos gestionado también una representación en París que ha de auxiliarnos eficazmente

en nuestros propósitos.

Para el texto preparamos asimismo notables mejoras. Apuntaremos que, entre otras ideas, tenemos la de inaugurar una sección de teatros, no cansada y sin interés, pero ajustándola al carácter del periódico. Se

hablará de los estrenos en burlas y en veras, y con las ilustraciones de rigor. Dedicaremos también preferente atención al movimiento literario, dando cuenta, sumaria ó extensamente, de las obras. Cuentos, novelas, sátiras, estudios, etc., de distinguidos colaboradores, escrito todo con el laudable fin de proporcionar sano esparcimiento al espíritu, aumentarán, ciertamente, el interés de la lectura.

* *

Y, en fin, ustedes verán. LA SAETA se propone adelantar notablemente en su doceno año de publicación, aunque como tiene por costumbre, y dado el sacrificio que ello representa, no lo dé todo de golpe y porrazo.

Sólo nos resta saludar á los lectores, desearles un felicísimo siglo nuevo y repetirnos de ellos muy amantes y devotos.

LA REDACCIÓN.

¡HURRA!

EL SIGLO XIX

Delirios de un patriota

RECEMOS un responso al siglo XIX, el siglo de nuestras heroicidades históricas y de nuestras vergüenzas, el siglo de los adelantos y de la reacción, el siglo de los grandes patriotas y de los grandes criminales. Sí: recemos un responso al siglo que acaba de sepultarse para siempre en el abismo insondable de la nada y dejemos que repose tranquilo en la tumba fría, horripilante, que él mismo se ha fraguado. que bien necesita del descanso el que ha sido testigo mudo de las horrendas desgracias nacionales de nuestra patria; de las torturas sufridas por un hombre honrado como Dreyfus por la infamia de algunos miserables; del atropello brutal cometido por las naciones fuertes contra las débiles; de la crisis espantosa por que atraviesa el país; de los desplantes de los últimos hombres que han gobernado á nuestra pobre España, en las postrimerías de ese siglo malhadado.

Sí, sí: dejémosle descansar y ¡que la tierra le sea leve! Es lo menos malo que podemos desearle al que ha presenciado impávido nuestras desdichas y no ha sabido sublevarse, ya que no lo hacían los que debieron hacerlo.

—¿Sublevarse el siglo?—dirán mis lectores. — ¡Eso es palabrería pura!

—No lo crean ustedes; el siglo debió sublevarse, y, llamando en su auxilio á su compañero inseparable el tiempo, producir en España una hecatombe que hundiera para siempre á los políticos al uso, encerrados en aquel caserón que se llama Presidencia de Ministros, origen de los mayores desaciertos que han sacudido á la patria española en estos últimos años. Y en su violencia espantosa, que arrasara todas las plazas de toros, motivo de nuestra degeneración y de nuestro escarnio y de nuestro vilipendio.

Y puesto que el siglo XIX no lo ha hecho, debemos desear ahora, aun en sus albores, que el XX nos traiga la catástrofe en que se derrumbe lo viejo, lo malo, lo gastado, lo que en España está ya envilecido, prostituído, deshonrado, y que, como en los tiempos de feliz recordación, el sol de nuestra patria no se ponga nunca.

¡Venga, pues, en buen hora la hecatombe que hunda á los autores de nuestro deshonor, de nuestras vergüenzas!

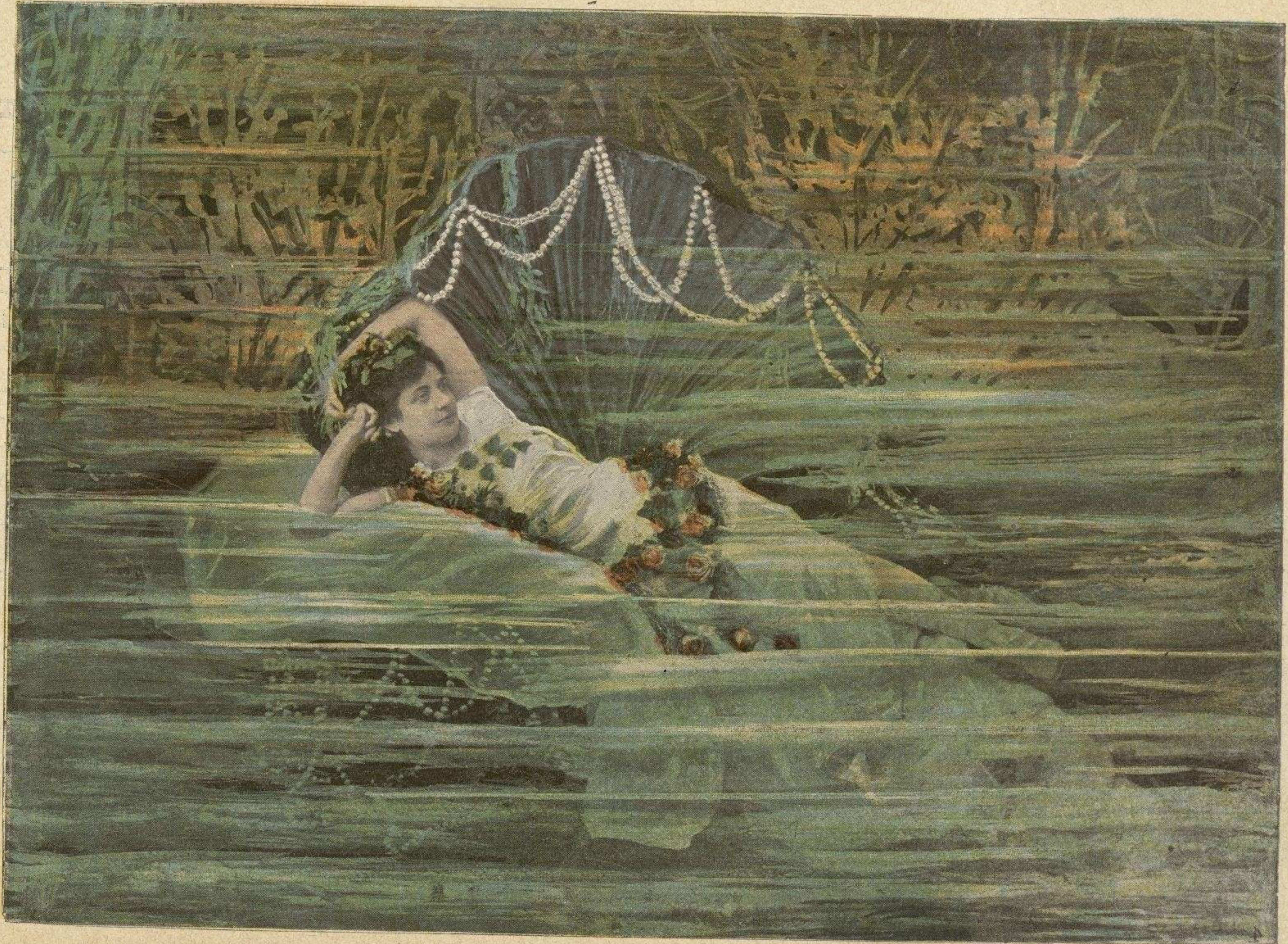
CARLOS RÍA-BAJA.

DESILUSION



— ¡Una cana en mis cabellos!
¡Ya no dirá que son bellos!

EN EL FONDO DEL MAR



La Saeta

LA PERLA

¿Qué ojillos? ¡Ojazos!

Novela corta por J. F. LUJÁN

I

GAÍA, bañando el suelo, como nieve deshecha en hilos sutiles, la lluvia. Lluvia de diciembre, helada, menudita, silenciosa. Era un anochecer apagado, sucio. No se habían encendido aún los faroles. La ciudad de Roquesuna no estaba, ciertamente, á partir un piñón con las conquistas modernas. Según parece, los faroleros salían del patio de la gran casa consistorial á voz de mando, y el regidor de semana debía hallarse todavía en la trastienda del boticario apurando una jugada de ajedrez.

Así, cuando César Lucino abandonó la mesa de la casa de huéspedes, y bajó á la calle, con la bonita intención de matar las horas de la velada en el «Maleante Club», tertulia de los jóvenes díscolos y alegres, encontróse con la desagradable novedad de que no veía más allá de sus narices.

—Vaya,—dijo,—ahora sí que le cae bien á este endiablado callejón el nombre de Niebla.

Abotonóse el gabán, levantó el cuello, y se lanzó denodadamente al arroyo. Malogrósele en seguida la audacia, y replegó el paso tomando cobijo en el portalón, al mismo tiempo que sacudía las manos, se soplaba los dedos y se limpiaba la punta de la nariz.

—¡Puños y puñillos!—clamó.—Parece que toda la eternidad en forma de vidrio se me ha caído encima.

Sacó una mano á la intemperie y la retiró con presteza.

—¡Calle! ¿Apostamos á que llueve? Porque nevar, no nieva.

César Lucino tenía la buena costumbre de pronunciar sus soliloquios en voz alta, lo cual ha facilitado al novelador la dura tarea de ahondar en los pensamientos mudos. En voz alta también, siguió:

—¡A que tengo que subir para buscar un paraguas!

Y dicho esto se echó á reír, porque hay individuos en la humanidad que se ríen de sus propias ocurrencias, recordando que él no había usufructuado jamás ninguno de esos muebles ridículos é incómodos.

—¡Mejor!—dijo.—Esto me ahorra la friolera de cincuenta y siete escalones. Esperaremos á ver si arrecia ó si pasa. Si pasa, me lanzo; si arrecia

me retiro á los cuarteles de invierno; ¡y á dormir se ha dicho! Ahorraré, por lo menos, doce pesetas de café, licores, y *piscolabis* de última hora, y las doscientas restantes del capital de mi bolsillo, que seguramente arrastrará aquella maldiciada sota de ayer.

Pero Lucino imitó en esta ocasión memorable aquel célebre cuanto mentiroso y vulgar dicho de Quevedo: Ni se lanzó, ni se retiró: quedo se estuvo.

Tanto como quedo, tampoco; sus ojos tenían, á la manera de ciertos gatos, poder de distinguir en lo obscuro, y eran algo vidriosos, es decir, fosforescentes. Vió, pues, en la menguada escalerilla de al lado la figura de Inesilla Gorricotea, la moza más retrechera, garrida y guapa de los barrios bajos, ó sea, en Roquesuna de los Pescadores, y decidióse por el abordaje.

Pasó de un salto, murmuró tímidamente (finjido esto) «buenas noches, vecina», y alzando la voz:

—Un *peacito* de *cacho* é gloria para un *probe* que está en la suma *nesecia*.

Inesilla sonrió, hizose á un lado, porque el portal era muy estrecho, y con todo el aire y el gracejo que Dios había puesto en sus diez y siete floridas primaveras, repuso:

—¿Quié osté un pa... el agua?

—Lo que yo quiero, serranilla dulce, es aprovechar la ocasión de decirle... *ná*, de decirle lo que no he dicho á *naide* ni *en jamás*: *tié osté... tié osté... pos tié osté* los ojillos más bellos y conquistadores del universo mundo. ¡Qué ojillos! ¡Ojazos!

(Continuará.)



—Esta araña es como Arturo: se ha pensado que me puede coger como si fuera yo mosca.

EN TREN

(COCHE DE SEGUNDA)

Casi todos los pasajeros hablan á media voz, y entre los más cercanos se establece una familiaridad cortés: en uno de los departamentos del coche dominan los esposos Martínez del Burgo con su tribu: ocho diablillos, el mayor de siete años, que se figuran estar, sin duda, en el patio de su casa. Pide éste agua y gruñe, porque el manantial del botijo se halla seco; aquél no hace más que subirse y apear-se, convirtiendo al diván en caballo, y dando pruebas de sus costumbres hípi-cas, de tal modo, que se gana las maldi-ciones de un teniente coronel retirado, á quien mancha los faldones de la levita, y más de un cosco-rrón de la madre. «—Señora, déjele usted.» «—Son de la misma piel del de-monio estas criatu-ras.» «—Todos he-mos sido así, seño-ra.» «—La culpa la tiene su padre, que los malcria: es un calzonazos para ellos » El padre oye este coloquio como quien oye llover, y sigue charlando de política, de mil cosas que no les importan á él y á su interlocutor, un joven que le escucha con aparente atención y con el aire más aburrido del mundo. Otro de los chi-quillos se empeña á cada momento en que su mamá se fije en cuanto pasa por sus ojos y participe de su admiración: «—Mira qué árbol; mira, mira, mamá, qué casa; allí hay un cerdo; aquellas cabras se han asustado: se conoce que no han visto nunca trenes.» Las alambreras están llenas de cachivaches; porque además del equipaje facturado, los señores Martínez se llevan todo un mundo de tonterías detrás. Más lejos, en otra de las divisiones, un clérigo hojea el breviario, y un caballero obeso ronca estre-pitosamente; junto á una de las ventanillas

charlotean dos viajeros, tratando de artículos y de fondas, y en el extremo opuesto tres to-re-ros disputan, convirtiéndose en heraldos de sus propias hazañas. Un hombretón, vestido con paño burdo, de cara afeitada, abre una desco-munal cesta y em-pieza á colocar sobre el asiento, llenándolo casi todo, provisiones y más provisiones: empieza por un pollo asado, que trincha, empeñándose en que todos participen del festín: se oye una letanía de gracias: «—He comido en la última parada»; «—Me desayunaré en el enlace»; «—A mí me marea la co-mida en el tren...» Quieras que no, has-ta el cura tiene que picotear. Los toreros gritan al gañán: «—¡Maestro, venga ese añejo, que m' ajo-go!»

En la última sec-ción no se ve más que una dama enlu-tada y dos recién ca-sados: aquélla en un ángulo; en el otro los últimos. El es algo duro de fisonomía; ella guapa, rubia, ll-na de carnes: tras-cienden á señoritos cursis.

EL.—¡Por fin eres mía!

ELLA.—Baja la voz.

EL.—Y ¿qué me importa que lo sepa el mundo? ¡Si yo quisiera que todo el mundo participara de mi felicidad!

ELLA (ruborizándose).—¡Tonto!

EL.—¿Me quieres mucho?

ELLA.—Pues, si no te quisiera, ¿estaría aquí?

EL.—¡Mira qué hermoso es el campo! ¡Cuánto sol hay en él! ¡Qué alegre es la vida! ¡Temo que me mate tanta ventura!

ELLA.—¡Ay, nó, que me quedaría viuda de-masiado pronto!

EL.—¡Tonta! ¿Estás contenta?

ELLA.—Sí; pero me siento algo fatigada.



—Un cortadillo, señó,
¡y á ver si dice que no!



-¿Qué dirían si esta mirada fuera para ustedes?



EL.—Pon la cabecita en mis hombros. Estos trenes parecen carretas. Dentro de tres horas habremos llegado. Pero me parecerán tres siglos.

ELLA.—¡Salero! ¡Tres siglos! ¡Lo que tienes tú es una gana de llegar!...

EL.—¡Tonta!

ELA.—¿Por qué tonta? Ya me has llamado dos veces tonta... y conste que no me chupo el dedo.

EL.—¿Que no? ¿A que sí? ¿Qué apuestas?

ELLA.—Un abanico.

EL.—Más: si pierdes tú, un brazalete.

ELLA.—¿De oro?

EL.—Si pierdo yo, de piedras preciosas, de las más preciosas; y si las de la Tierra no te satisfacen soy capaz de subir á buscarlas... ¿dónde te diré?

ELLA (*graciosamente*).

—A la Luna, que es el astro de los enamorados.

EL.—Cuenta que no hay otro que lo esté más que yo.

ELLA (*desdeñosa*).—¡Bah!... Son pamplinas. Se detiene el tren; como los demás departa-

¿No, eh?

mentos se hallan poco menos que invadidos, en el que ocupan los novios penetran una joven de diez y siete años, larguirucha, pálida, y uno de esos hombres de posición y de edad indefinibles, algo grotesco, y de los que serían altos si no tuviesen en su contra tanto abdomen. Este caballero coloca sus maletines y pone arriba, en la red, su sombrero, encasquétase un gorro, cambia los borceguíes por unas zapatillas de piel de cabra, enciende un cigarrillo, y, como si estuviera en su casa, abre el ventanillo más próximo á la señora enlutada, sienta á su acompañante en el diván opuesto, arréglase una especie de cabezal con la manta de viaje, y se tiende en el asiento libre disponiéndose á dormir. «—Creo, dice, que hemos escogido un buen vagón. No será necesario pedir suplemento de primera... Señora, á usted no le molestará el humo...» «—No, caballero; hay... hay mucho *desahogo* aquí... Además, ya

ha abierto usted la ventanilla...» «—No creo que le moleste á usted tampoco el aire. La noche está serena, tranquila...» «—Sin embargo, si usted piensa descansar... cuando uno duerme... el más leve soplo puede traernos una pulmonía » «—Tengo para rato, mientras fumo... Oye, Claudia: en cuanto esté dormido levantas el cristal...» «—Gracias: es usted muy amable...» «—Señora, á bien educado ni el rey me gana...» Y se pone de pie, echa el cigarro por la ventanilla, la cierra y se tumba otra vez. A los dos minutos descansa en paz y en gracia de Dios, haciendo coro al otro que ronca un poco más allá, en el mismo coche.

Continúa el palique de los novios.

EL.—Te encuentro algo fría.

ELLA.—¡Qué quieres! No estamos en verano, y además ¡como este vagón no está del todo lleno!...

EL.—Demasiado. Yo quisiera que no fué-

mos en él sino tú y yo. Los testigos, en estos casos, son siempre importunos.

ELLA.—¿Por qué?

EL.—¿Cómo por qué?

ELLA.—Sí, ¿por qué? ¿Sabes que estás haciendo el burro?

EL.—¡Pero qué malas sois las mujeres! ¡Cuando se os trata con cariño..!

ELLA.— ¡Apostamos á que me pegas antes de que concluyamos el viaje!

EL.—¡Es que tienes unas cosas..!

ELLA.—Decididamente, eres un burro.

EL.—Esas palabras... ya me las repetirás esta noche...

ELLA.—¿Esta noche? ¡Qué bien voy á dormir esta noche!

El murmura unas palabras á su oído; ella le da una manotada y un pellizco; el novio no puede aguantarse y le corresponde con un beso. Uno de los toreros, que está de pie apurando la bota, grita:

—¡Niña, cuidiao, que ese gachó se trae la intención de un miu...ura.

GUILLERMINA STOCK.





ESTATUA SIN HIELO

Chirigotas amorosas

Los teléfonos de encerada cuerda, las cartitas, el alfabeto de los dedos y otras mil y mil añagazas, de que se valen los amantes para su dulce lenguaje, han sido, son y serán hasta la consumación de los siglos, medios seguros y que en modo alguno han de caer en desuso, á menos que la amabilidad de los padres de ellas llegue al extremo de invitarnos á nosotros, á los del sexo más bello (después del mono), á subir á sus casas desde el primer día de relaciones y á brindarnos una protección, que para nuestra desgracia no está aún de moda en la actualidad. Y bien sabe Dios y yo también lo sé (porque para eso no hace falta mucha ciencia) que á seguir los amores como hasta aquí, han de ser causa de muchas ictericias y de que alguna niña ponga fin á sus días, por el cursi procedimiento de los fósforos de Cascante, ó de las cerillas *Palmer* de Gibraltar.

Aun recuerdo el caso de un amigo mío que era una especialidad en el lenguaje de los dedos, y el cual mantenía relaciones amorosas, con una señorita muy elevada, pues vivía en un quinto piso, con vistas al Himalaya. El tal amigo era verdaderamente prodigioso, en lo referente á dar con los dedos expresión á las palabras. ¡Qué meñique aquél, cuando quería expresar á su amada la frase *te quiero!* ¡Y había que ver cómo ponía el corazón (me refiero al dedo) cuando se enfadaba y quería apostrofarla con el calificativo de *pérfida!* Créanme ustedes que era para comerse aquel corazón con cebolla.

Pues bien: á aquella filigrana telegráfica, á aquel hombre-dedo, me lo encontré un día triste, pensativo y dispuesto para el suicidio. ¿Que por qué?, dirán ustedes: pues porque sus conversaciones amorosas, y todo aquel fuego que sabía imprimir á sus frases, se encontraban ahora aniquilados por otro fuego, que le impedía mover los dedos con su acostumbrado gracejo; por el fuego de unos cruentos sabañones del tamaño de morcillas de á kilo. Ahí tenéis, enamorados donceles y delicadas Venus, uno de los muchos inconvenientes de la conversación digital. Pedid á Marconi que os construya un teléfono sin hilos, marca *Enamorado*, y resultará mucho más cómodo el amor á distancia, os lo aseguro! Hay que convencerse que no hay artefacto como la reja para el amor; proclamo su superioridad, y he escrito á Carulla, para que le dedique otra Biblia en verso, á pesar de que, como todas las cosas, tiene sus inconvenientes. Dígalo, si no, aquel joven que hablaba todas las noches con su Dulcinea á través de los hierros, y que al llegar una de ellas y llamar suavemente al cierre, como de costumbre, se abrió éste, y apareció en lugar del angélico rostro de la niña, el iracundo ceño del padre, que cogiendo al Tenorio por el cuello, y sin dejarle mover, le soltó cuarenta y cinco *mamporros* de p p y doble v, con los cuales se dieron por terminadas las relaciones amorosas: y yo doy por terminado este artículo por el que me merezco otros tantos *mamporros*.

ENRIQUE GARICOHEA.

—◆—
No digas ciertas palabrotas,
ni apuntes, cuando juegues, á las sotas.

—◆—
No robes cuando vendas, en el peso,
ni á nadie se la quieras dar con queso.

—◆—
No debes, ¡oh mujer!, si caen dos gotas
enseñar más arriba de las botas.

—◆—
En las fondas no comas picadillos
ni fumes del estanco los pitillos.



— ¡Que me ama! ¡Que soy la más bella de las mujeres!
Sí: pero eso debía estar escrito en letras de oro, ó, por lo menos, en un billete contra el Banco de España.

DOS PUNTOS

—Conque ¿hoy también has jugado? la salud...
 ¡Pero, hombre, serás tronera!
 —Estoy hecho un calavera corregido...
 —Y aumentado.
 —Somos dos bribones.
 —¡Justo!
 Tú lo acabas de decir.
 —¡Qué gusto verlas venir!
 —¡Qué gusto, chico, qué gusto!
 Una viene y tú te apartas, diciéndole: «¡Adiós, lucero!...»
 —Pero ¡seras majadero!
 ¡Yo me refiero a las cartas!
 —Sí: hablas como un jugador.
 —Tú en cambio como un Tenorio.
 —¡Viva el monte!
 —¡Y el jolgorio!
 —¡Ah la timba!
 —¡Oh el amor!
 Mi ilusión es la mujer.
 —La mía el tapete verde.
 Allí se pierde, se pierde y luego... vuelta a perder.
 A perder no hay quién me venza, pues siempre soy el primero.
 Yo pierdo el tiempo, el dinero

—¡Y la vergüenza!
 —¡Eso no!
 —¿No la has perdido?
 ¡Hombre, que yo no soy lerdol!
 —Te digo que no la pierdo porque nunca la he tenido!...
 Tú ponte en mi lugar, ponte y dí, tras tanto perder, si no debo aborrecer todo cuanto huelva á monte.
 Odio ya los monte-píos; odio al monte placentero ¡y hasta a Montes, el torero, y al mismo Montero Ríos!
 Mas como voy siempre en pos de ganar un capital, mientras me quede un real siempre daré un golpe ó dos.
 —¡El monte! ¡Bonito juego!
 —Ese es mi vicio, que quieres.
 —Yo juego con las mujeres.
 —Chico, eso es jugar con fuego.
 —Mira; aquí traigo una carta...
 —¿Sota ó as?
 —¡Calla, vicioso!
 Es un billete amoroso



—¡Y pensar que yo he hecho la fortuna del dueño del Skating!...

para entregárselo á Marta.
 Nos adoramos, ya ves; pero, aunque tiene marido...
 —¡Comprendido, comprendido!
 Eso se llama un *entrés*.
 —Al principio estaba incierta, pero hoy á todo se aviene, pues su esposo también tiene...
 —¡Entrés... y una sota en puerta!
 —En fin, que ya la he vencido.
 Hoy toca á Marta; mañana tocará á Pura ó á Juana ó á otra... que tenga marido.
 Yo encuentro en estas bobadas una dicha singular, y es que nací para amar... para amar a las casadas.
 Siempre por mí es acogida la fruta del campo ajeno; ¡si es que no hay nada tan bueno como la fruta prohibida!
 —Pues yo ese gusto ordinario creo que es una bobada.
 ¿Qué sacas de ello?

—¿Yo? ¡Nada!
 No saco nada... ¡al contra! ¡io!
 Pero yo este amor de fuego lo tendré hasta que sucumba. El me llevara á la tumba.
 —Pues á mí á la timba el juego.
 —Hoy encuentro á Marta hermosa como ninguna mujer.
 La quiero, ¡no he de querer!
 ¡Si es divina! ¡Si es preciosa!
 No hay cara como su cara; su pie es torneado y breve; su mano un copo de nieve.
 —¡Un copo! ¡Quién lo ganara!
 —¡Siempre del monte has de hablar!
 —Y tú de alguna ama seca.
 —¡Pero, escúchame, babieca!
 ¿Qué sacas tú de jugar?
 —Hombre, con franqueza: nada.
 Tan perra es la suerte mía que... Verás: el otro día tuve una suerte endiablada.
 Habían sobre el tapete un siete y un seis de bastos; yo puse al siete y ¡canastos!, grité yo; ganó mi siete.
 —Pues, chico, si que es fortuna.
 —¡Bonitas fortunas éstas!
 Pasé el día haciendo puestas y no gané más... ¡Ni una!
 Dos y tres en un *entrés* vi luego; jugaba al dos pero perdí, vive Dios, un duro en un *dos por tres*.
 Echa cartas el banquero.
 ¡Siete y sota! El siete elijo.
 «La sota gana, de fijo», me decía un compañero.
 Yo, tomándolo á chacota, le puse al siete un billete y... ¡maldito sea el siete!... ¡á la segunda, la sota!
 Perdi un billete y luego...
 —¿Hubo *entrés*?
 —No. No hubo *entrés*.
 Barajaron y después vi as y sota y dije: «¡Juego!»
 —¿Y jugaste al as?
 —Verás.
 Como antes ganó la sota jugué á la sota y... ¡derrota!
 ¡Estaba en puertas el as!
 —¡Qué tonto!
 —Yo estaba ciego.
 Perdí un duro; barajaron y sota y as me sacaron otra vez, y dije: «¡Juego!»
 Mi paciencia al fin se agota; como antes el as ganó, «ahora pierdes» dije yo; y puse un duro a la sota.
 Y estaba a la puerta, chico...
 —Sin duda el as otra vez?
 —No.
 —¡La sota al fin!
 —¡No!! ¡El juez que nos llevó al abanico!...

A. SERRA CUBELLS.

EL HORÓSCOPO DE LA CONTRABANDISTA DEL AMOR



La Saeta

—El que viene es catallero, mozo gallardo, rubio, elegante... ¡Le asalto!

MISIVA

Ilustre artista: Mi querido dueño
 su cariñosa carta ha recibido;
 y aunque escribir á usted le es halagüeño,
 contrariando su empeño,
 me ha ordenado cumplir tal cometido;
 pues dice el indolente
 que el que escribe en esto es un demente.
 Y he aquí á *Chipilin* hace una hora
 para escribir en verso á su ilustrísima;
 creo, por la demora,
 que esta silva traidora
 me va hoy á resultar difícilísima.
 ¿Que sólo el intentarlo es desvario?
 Pero... ¿por qué razón supone usted eso?...
 ¿O se ha creído usted, amigo mío,
 que soy algún camueso?...
 Aunque felino al fin, yo soy un gato
de buen entendimiento y de buen trato.
 No me juzgue usted inepto para el arte,
 puesto que ha habido gatos ilustrados
 en los siglos pasados,
 según nos justifican Lope, Iriarte,
 Esopo, La Fontaine y otros autores
 ó eximios escritores
 no menos principales,
 de ingenio tan fecundo
 que mientras brille el sol ó exista el mundo
 ¡ceñiran la corona de inmortales!
 Cuesta escribir en verso sus desvelos;
 pero así se me ordena, y es preciso.
 No sé, ¡viven los cielos!,
 tratándose de un hombre de sus vuelos,
 cómo voy á salir del compromiso.
 Gracias á que hoy pululan literatos
 que viven del cacumen ó chirumen
 y no están al nivel de algunos gatos
 con respecto á chirumen ó cacumen.
 No lo digo por mí precisamente,
 pues soy, cantando endechas, una grilla;
 pero créalo usted, que es competente,
 que hay vates dignos de comer cordilla.
 Y no digo cebada
 porque le juzgo el símil de mal gusto;
 más á pesar de la razón citada,
 si lo emplease, al fin, sería justo.
 Yo, afortunadamente,
 aunque soy muy sencillo,
 como gato pudiente,
 me suelo alimentar generalmente
 de hígado, corazón y solomillo.
 Todo lo cual me sirven con esmero
 y gran solicitud; ¡pero es que, todo!
 porque de lo contrario no lo quiero
 admitir ni tomar de ningún modo.
 Y en cuanto estoy malito,
 lo mejor del mercado
 se le trae al gatito;...
 porque mi amo y señor, que es un bendito,
 me profesa un cariño inusitado.
 Mas yo también le quiero lo indecible;
 aunque ha sido el causante
 de una herejía horrible
 que manifestaré más adelante.
 Quien ha estudiado á Homero y de él aprende;
 quien goza con la estrofa de un Ercilla;
 quien á Shakespeare y Sofocles comprende,
 y quien, por fin, á Calderón defiende
 ¡no debe alimentarse de cordilla!
 Si llega á originarle mi jactancia

la más leve molestia,
 retiro de mis frases la arrogancia;
 pero ya sabe usted desde la infancia
 ¡que es muy rara entre vates la modestia!

**

¡Ah, qué satisfacción! ¡Oh, qué alegría
 reinó en esta su casa, amigo amado,
 al saber que llegó *sin avería*,
 de su dulce consorte en compañía,
 á ese puerto de mar tan decantado!... (1)
 ¡Qué bien dice mi dueño hablando sobre
 el mísero mortal que vive pobre!
 ¡Quién gozara de rentas ó dinero
 para viajar por esas capitales
 y largarse en otoño al extranjero
 á ver las maravillas principales!
 Detenerse en Venecia,
PERCHE CHI NON LA VEDE NON LA APRECIA;
que al cielo desde el agua se avvicina
y en góndolas por coches se camina,
 según refiere Lope en un poema (2).
 Porque mi amo y señor, de vez en cuando,
 en la estación actual que tanto quema,
 sólo puede marcharse á San Fernando.
 Y á la orilla del río, amigo mío,
 se toma resignado unos pasteles
 contemplando en las márgenes del río
 cómo beben tranquilos los *bureles*;
 ó admira de la escama
 los múltiples colores
 de los hermosos peces del Jarama,
 ¡víctimas de tiranos pescadores!
 ¿Que si viaja en primera
 dice usted entre zumbón y maleante?
 No, señor; en *sleeping*... de tercera;
 ¡mi dueño no se sale de su esfera!
 ¿O se ha creído usted que es un farsante
 ó bien uno de tantos insolventes
 que estan archiempañados
 y viajan como príncipes pudientes
 no siendo más que *golfos* disfrazados?...
 Con referencia á viajes ó excursiones,
 aunque acaricia á su alma la grandeza,
 se hace estas moderadas reflexiones
 que prueban la virtud de su entereza:
 «Los hijos del trabajo no podemos
 viajar cual los mimados por la suerte,
 por desventura nuestra; ¡y harto haremos
 con bendecir el beso de la muerte
 que venga á sepultar los sinsabores
 que amargan la existencia
 de cuantos infelices pecadores
 desposados están con la indigencia!»
 ¿Qué le parece á usted el conceptito?
 ¡Qué amargo! ¡Qué verdad! ¡Qué sentidito!
 Todo lo lacrimoso
 es lo más aparente y facilito...
 y lo más cursi, al fin, si no es hermoso.

**

¡Qué calores tan archiabrasadores
 tenemos en Madrid! ¡Uf, qué calores!
 Sólo han quedado aquí cuatro industriales:
 la simpática clase de moreras;
 los *golfos* principales;
 el linajudo gremio de traperas

(1) San Sebastián.

(2) La Gatomaquia. Silva IV.

y un número infinito de .. señoras
que se pasean á las altas horas.

Aunque hoy el divorciarse es muy corriente,
hay, á pesar de dicho precedente,
mucho infeliz suicida
decidido á casarse legalmente.
¡Qué desprecio á la vida!
Yo con mi dueño el celibato aclamo;
porque son esos bobos,
según dice mi amo,
simples corderos que degüellan lobos.
Y como el tal señor, por lo que veo,
le tiene prevención al himeneo,
no concibe esta vida limitada
sin los dulces placeres
del amor de una Laura *avertigada*,
la pasión de una Gloria enamorada
y el concurso de angélicas mujeres
que estén en condiciones
de entablar con cualquiera relaciones.
Vamos, las castidades que son de ene;
ó bien las que de trato al primer día
le llaman á uno ¡cielo! ¡rico! ¡nene!
¡chachito! ¡corazón! y ¡entraña mía!
Por lo tanto, sólo es licenciosillo
con las tales virtudes sin frenillo.
No es censurable, pues, su delincuencia;
porque el hombre que trata á esas virtudes
no debe su conciencia
sufrir remordimientos ni inquietudes.
Y aunque ateo en amores
¡como torea al sexo femenino!
¡Ni los diestros mejores!
Igual, por lo *cañi* que por lo fino.
¡Qué pases! ¡Qué flores! ¡Qué adornado!
¡Qué vista! ¡Qué alegría! ¡Qué riñones!
¡Qué dominio del arte preceptuado!
¡Todo ello ejecutado
en los mismos pitones!
Y ahora que viene á cuento,

sobre el citado asunto,
quiero decir también lo que yo siento,
aunque soy un *difunto*.

Si contra mi no hubiesen atentado
ya hubiera vuelto loca á una *Micilda*,
ó, como Micifuf, interesado
el corazón de alguna *Zapaquilla*
¡angelical! ¡ebúrnea! ¡seductora!
¡palmérica! ¡de líneas ideales!
¡dechado de belleza encantadora!
que fuese como Flora:
¡digna de los pinceles inmortales!
y fuera su virtud sobresaliente
á todas las beldades que he citado,
sin cuyo precedente
no la daría mi apellido honrado.
Porque si al fin no hay nada más hermoso
que el casto amor de una felina honrada,
¡no hay nada, en mi sentir, más venenoso
que el corazón infiel de una malvada!
Mas tuve unas palabras, hace un año,
con un afilador, tan mal sujeto,
que sin causarle ofensa, agravio ó daño,
fué á acariciarme y me dejó incompleto.
Por el tal precedente
á la morada eterna y miserable,
este pobre inocente
descenderá impecable.
Pero vivo tranquilo y resignado;
pues como dijo un vate celebrado
aquí, para vivir en santa calma,
ó sobra la materia ó sobra el alma.

Creo que á esta misiva
es hora ya de que la ponga fin;
por lo tanto, reciba
usted una caricia archiexpresiva
de su felino amigo

CHIPILIN.

El censor,
EUSTAQUIO CABEZÓN.



ADELINA

(CONTINUACIÓN)

La joven sonrió.

—Tranquilícese usted, Luis; no es usted audaz ni insensato. ¡Me ama usted! Pues bien: amándome se eleva sobradamente hasta mí, por más que diga mi padre; le vuelvo á jurar que sólo de usted seré esposa.

El joven quiso responder, pero en aquel mismo momento el vizconde de Amarante apareció á treinta pasos de los dos jóvenes.

Luis hizo un movimiento para alejarse de la joven.

—No, no,—dijo Adelina, reteniéndole;—me he cogido á su brazo y no me suelto.

El vizconde avanzaba pálido, agitado, con sombría mirada.

—¿Qué ocurre, señor vizconde?—le preguntó la joven.—¿Se ha prendido fuego en algún salón?

—No, señorita, no,—balbuceó;—pero su señor padre... estaba inquieto de no verla volver por el salón del baile, y entonces...

—Se apresuró á venir en mi busca. Le doy un millón de gracias; mas, como ve usted, no me había perdido. Hágame el obsequio de ir á anunciar mi vuelta á nuestros amigos.

Un instante después, Adelina entró en el salón del brazo del conde Luis.

Este favor tan especial concedido al joven, y el aspecto radiante de la joven, no pasaron inadvertidos para nadie.

—Adelina,—dijo una de las amigas,—te esperábamos con impaciencia.

—¡Ah! ¿Para qué, mi querida Elisa?

—Para que cantaras el aria tan bonita y tan graciosa de Faust.

—Con mucho gusto,—respondió Adelina;—además, esta noche cantaré cuanto deseáis.

Todos aplaudieron.

Antes de dirigirse al piano, Adelina, acercándose á Luis, le dijo muy bajo:

—Confíe usted en mí.

Adelina cantó. Siempre cantaba maravillosamente; pero aquella noche se sobrepuso á todas. El estaba allí escuchándola, y por él cantaba.

—¡Pobre jovencilla!...— se decía, entretanto, el conde



—No es mi culpa, no, señor; es todo convencional, según lo quiere el... autor.



—Nada, no hay sal, no, señor:
no hay sal; en vano lo pruebo.

Para que no lo eche en cara,
pondré todo mi salero.

Luis, con la sonrisa de Mefistófeles pensando en Margarita. — Temblaba como las hojas, pero no ha titubeado. ¡Al presente es mía más que de su padre! Ya no me resta sino esperar el día... ¡La inocencia me espera!... No la haré esperar.

Un joven se disponía á ejecutar un solo de violín; era el último número del concierto de aquella noche.

Aunque sólo eran las dos de la madrugada, los invitados se levantaron para retirarse.

Poco después se apagaron las luces y todo quedó en silencio.

II

La estancia de la señorita Adelina, situada en el primer piso del cuerpo principal del hotel, se componía de una antecámara, de un salón pequeño, de una cámara dormitorio y de un gran gabinete de tocador, puesto en comunicación, por medio de una escalera, con la habitación de Felisa, la vieja doncella, ó, mejor, el aya de la joven.

El dormitorio, deliciosamente virginal, se recomendaba por su exquisita sencillez, que no excluía la riqueza.

Unas cortinas de satín de china, de un blanco algo amarillo, con pájaros fantásticos bordados, raras mariposas y flores brillantes, envolvían el lecho, pintado de blanco, y colgaban ante las ventanas.

Los medallones de los sillones y del pequeño canapé Luis XVI, blanco como el lecho, ostentaban tapicerías representando asuntos sacados de las fábulas de La Fontaine, en color gris sobre fondo azul de Sévres.

La cornisa de la chimenea, recubierta y vestida con tela semejante á la de las cortinas, sostenía un reloj pequeño de madera esculpida y dorada, de la misma época que el resto del mobiliario.

(Continuará.)

F. OLTRA Y DALMÁU.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Repuesta de su grave enfermedad, vuelve desde hoy á honrarnos con su colaboración la discreta é ilustradísima escritora Guillermina Stock.

Felicitemos á la noble dama por la mejoría, y agradecemos, como agradecerán nuestros lectores, la deferencia con que nos trata.

Me es simpática tu madre;
aprecio mucho á tu abuelo;
te quiero á ti con delirio...
pero no trago el anzuelo.

EL PALUDISMO. — El docto catedrático de la Universidad de Valencia, Dr. A. Gil y Morte, acaba de publicar un interesante estudio con figuras demostrativas, analizando esta dolencia, que tantos estragos ocasiona en varias provincias españolas.

Parécenos tan importante y tan digna de encomio la labor del Dr. Gil y Morte, que en otro número examinará su trabajo un redactor competente de esta Revista. Nos limitamos á dar idea hoy por el resumen de los capítulos: I. Etiología. *Causa específica del paludismo.* — II. Anatomía patológica. *Lesiones en el paludismo agudo. En el crónico.* — III. Formas clinicas del paludismo. *Diagnóstico. Formas agudas. Crónicas.*

cas. — IV. Pronóstico. Tratamiento. — V. Profilaxia. *Destrucción del paludismo. Medios para evitar las picaduras de los mosquitos. Medios para procurar la inmunidad. Aislamiento del enfermo palúdico como medio de profilaxia.*

Este estudio del Dr. Gil y Morte, clara y sencillamente hecho, aunque con la suficiencia que tanto ha enaltecido su nombre, merece ser adquirido por todos nuestros lectores. Las condiciones figuran en el anuncio de nuestra segunda plana.

Aun cuando á enterrar me lleven,
yo tengo de protestar,
á menos que me concedas
en tu seno reposar...

Examen de literatura:

- ¿Cuántas clases hay de poesía?
- Tres: poesía lírica, poesía dramática y poesía...
- El alumno vacila y el profesor le dice para ayudarle:
- Poesía epi...
- ¡Ah, sí! Poesía epidémica.

Charada


Pues señor, resultó un *bulo*
lo dicho por la gitana,
y ni me ha tocado el premio
ni otra cosa... que lo valga,
y he de seguir, por lo tanto,
emborronando charadas
hasta que el *dos prima* apriete
(y median muchas semanas),
que pienso, como otras veces,
ir á *prima dos* sin falta,
y en *prima dos*, que es mi *todo*,
puedo ofrecerte la casa.
Nada más, lector amigo,
y hasta la otra semana.

MORENO.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Fuga de vocales

N. h. c.mpr.nd.d. .l d.ct.r
 l. .nf.rm.d d q.. p.d.zc.:
 . m. m. f.lt. c.r.ñ.
 y m. d.m.n.n l.s c.l.s.

DON CELESTE.

Cruz latina

```

* *
* *
* * * * *
* * * * *
* *
* *
    
```

Substituir las estrellitas por letras, de modo que leídas vertical y horizontalmente se lean en la primera y segunda línea nombre de varón.

M. ESCRIBÁNEZ.

Soluciones á lo insertado en el número 527

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Carmen.

CRUZ LATINA:

```

E F
M E
E M I L I A
F E L I P E
I P
A E
    
```

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Entreparéntesis.

ROMBO:

```

D
C O L
C A L A R
D O L O R E S
L A R G O
R E O
S
    
```

Soluciones á lo insertado en el núm. 528

CRUZ LATINA:

```

V H
I I
C P
V I C T O R I A
H I P O L I T O
R I
I T
A O
    
```

FUGA DE VOCALES:

Campanita de la iglesia,
 ¡qué distinto es tu tocar!
 ¡Con qué tristeza de noche
 y qué alegre al despertar!

CRIFTOGRAFÍA.—S. Trullol y Plana.

Correspondencia

por CLAK

F. L.—La idea no es nueva; la forma deja algo que desear. Sin embargo, veré si puedo complacerle.

G. A. N.—Ya empiezan á marear al pobre siglo nuevo los vates:

•¡Oh siglo que no eres el siglo de las luces
 y traes, sin embargo, celestes resplandores:
 ¡qué traes en las juntas de tus divinas cruces?

¿Qué trae? ¿Quiere usted que se lo diga? Pues trae rayos para exterminar á los copleros. Unica manera de defenderse contra la inundación de odas que le amenaza. Retírese usted á tiempo, joven.

V. G. P.—No sueñe usted tanto, querido; porque eso debilita la cabeza, y luego, naturalmente, se dicen muchos disparates.

R. T.—¿Todavía insiste? ¿Hasta cuándo va usted á ser mi pesadilla? Ya entiendo: usted se ha propuesto que le llame yo bruto, y lo va á conseguir.

P. Q. S.—Tres iniciales bonitas, que le condenan á un perpetuo incógnito.

D. M. F.—Otro que firma las cartas con iniciales. ¿Ustedes hacen eso para darse el gustazo de hacer con el nombre lo que se hace con las estatuas, descubrirlas? Pues sepa usted que en ello no hay otra cosa que muy mala educación.

L. de la R.—Si aprende usted antes el castellano y olvida luego el francés, sí.

M. C. M. Se publicarán. Mande usted algo más original.

C. de San Pablo.—¡Cuántos con menos motivos que usted están en... Babia!

J. T.—Aprovecharé algo. ¿Me ha entendido usted?

H. del M.—Anodino y viejo.

Un portuguesito.—Las acertó usted, pero ¿por qué no las manda por telégrafo?...
Churripandi.—Veré de complacerle si me manda la firma, porque ¡cualquiera se fía de un *churripandi!*

R. T. R.—No sirve.

A. C. B.—Haga suya la contestación á R. T. R.

Pepito.—G. L.—S. D. O.—*Ricardo.*—M. M.—T. U.—*Agujitas.*—Todo al cesto.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
 al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 ,
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 ,

Número corriente, 20 céntimos.
 Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 céntes.

Núm. 530

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.
Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

| | |
|---|--|
| EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO. | LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS. |
| LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA. | VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO. |
| LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. | LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO. |
| LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO. | ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª |
| ENRIQUE DE LAGARDERÉ ó EL JOROBADO. | EL TENORIO DE BELCHICHE. |
| LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA. | ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES. |
| CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN. | LULÚ. |

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

| | |
|----------------------------|--|
| LA PLEGARIA DE AMOR. | PRESA DEL DIABLO. |
| LA HIJA DE LA MUERTA. | ANDRAJOS Y DIAMANTES. |
| EL MÁRTIR DE SU CULPA. | ENRIQUETA. |
| CORAZÓN DE MADRE. | UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA. |
| LA CARIDAD DE UN ÁNGEL. | LA CRUZ DEL MONTE. |
| ABANDONADA EN EL MUNDO. | EQUIVOCACIÓN FATAL. |
| CALVARIO DE AMOR. | MUJER Y ÁNGEL. |
| MAL PADRE Y BUENA HIJA. | FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».) |
| CORAZÓN EN LA MANO. | EL RECUERDO DE GLORIA. |
| EL SUPPLICIO DE UNA MUJER. | EL SUEÑO DEL ARTISTA. |
| EL PERDÓN DEL MARINO. | POBREZA Y VIRTUD. |
| LÁGRIMAS DE HIELO. | |
| EL REY DE IMERECIA. | |
| EL CUENTO DE MARÍA. | |

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 íd.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 íd.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 íd.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 íd.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 íd.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 íd.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAÍS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

EL PALUDISMO, por A. GIL Y MORTE, catedrático de la Universidad de Valencia.—Precio: **Una peseta**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86**.
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba**.
En Madrid: **D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería**.—**D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos**.